

Cómo eran los granadinos de antes

Mi amigo el Dr. Alejandro Barberena Pérez me ha pedido que conteste la Encuesta de REVISTA CONSERVADORA que dirige el caballero Dn. Joaquín Zavala Urtecho. Quisiera poder complacerlo por tratarse de un amigo que tanto quiero, pero no entiendo ninguno de los puntos. Son demasiados serios. ¿Qué se yo de eso de socio-económico?

He pasado mi vida en frivolidades literarias y en decir lo que pienso y siento que creo no interesa a nadie. Para corresponder de alguna manera a sus deseos, voy a hacer una relación sobre Historia Granadina, haciendo el análisis a la ligera o mejor dicho juicios cortos sobre el modo de ser de esta ciudad y sus grandes hombres del pasado, entre ellos un pedazo de vida, el más resonante por cierto el que se refiere con la personalidad del General Joaquín Zavala, —el más fuerte representativo de la Granada de los viejos tiempos y cuando Granada pesaba en la Historia Patria.

El Granadino clásico

En Granada se da mucho el tipo exagerado, amigo de su opinión. El granadino solo simpatiza con lo suyo, con lo que él hace o dice, o con lo que se hace o dice en Granada. Aquella es la opinión única que parece interesarles. Para él, el país es Granada. Todos han cooperado a la fuerza de ese criterio. Pero el granadino antiguo, ese que se aislaba dentro de la misma Patria, era generoso y dispendioso. Hoy el granadino ha perdido en proporción a lo que ha ganado. Granada y León hicieron la Patria. Ellas son responsables de todo lo bueno y de todo lo malo que informa esta misma Patria. El leonés era rico, poco dispendioso, apegado a la tradición suave. Leal a su modo de sentir. El granadino es generoso, fanfarrón, orgulloso, un tipo andaluz, como los soldados que trajo Hernández de Córdoba, como Hernando de Soto, como el mismo Pedrarias, cruel, pero ordenado, amigo del orden.

En Granada se da siempre la exageración, y es porque se vive a orillas del lago y del Mombacho, dos inmensidades. Por eso es que el granadino es exagerado. Razón del suelo.

Cuando Jerez puso sitio a Granada, un día estalló el cañón con que la disparaban desde el pie de la torre de la Merced, matando a cuatro. Entre los muertos estaban dos hijos de Ña Chica Culebra, que vivía por Guadalupe. Ella recogió en un petate los despojos y los llevó a Dn. Fruto: "Estos eran mis hijos, le dice. Eran dos, pero todavía me queda uno. Se lo voy a mandar". El gue-

rrillero abrazó a la vieja. Carne de cañón... pensaría él, los hijos y la vieja.

Hoy el granadino piensa de manera diferente. Siempre es orgulloso, pero ahora disimulado, cauteloso, socarrón, exigente. No cree en nada ni en nadie, sonríe de todo, pero han pasado muchos años y ha sufrido necesidades. Ya aprendió a vivir. El liberalismo nuestro es doctrinario, utópico, hasta fanático. Los viejos conservadores, los conservadores clásicos, fueron libre-pensadores y tolerantes, y se mezclaban fraternalmente con los liberales. Jerez mismo —un idealista apasionado— vivía en íntimo contacto con los hombres de Oriente y les llama mis más caros amigos, y muere sirviendo a la Patria durante el régimen mal llamado conservador, del Gral. Zavala. Antes eran mejores los hombres, la política menos sañuda.

Las 2 ciudades guías de Nicaragua

En Nicaragua, León y Granada hicieron la historia, la que no está escrita. Son dos tipos completamente diferentes. El granadino es locuaz, mentiroso, prometedora. Es hombre de orilla, casi todo hecho de agua, espejea como el lago, se escurre, brilla, agrada. Se hace amar. Habla y acaban creyéndole. En Costa Rica creen en el granadino. El leonés medita, piensa, oye, esconde el pensamiento y no se compromete ofreciendo nada, nunca. Es hombre de llanura. Casi no conoce el agua. Es de tierra reseca. Fue hecho de terrones de la tierra. El granadino del barro, tierra arcillosa, moldeable. Por eso su alma es suave, dúctil, fácil. El otro es pétreo, serio. El granadino sonríe y pasa. El leonés no. En una conferencia que llamo Nicaragua, tierra de los contrastes, estudio los dos hombres, a los hombres de toda la Patria, minuciosamente. El granadino es inquieto como la ola del Gran Lago. No cree en nada. El leonés es fijo como el volcán suyo, como toda la cordillera Maribichoa. Comparan a cualquier grande hombre occidental con un granadino y lo verán. Los demás hombres de esta tierra son de ayer. Estos pueblos bendecidos y feraces, son jóvenes. Van a llegar a crear acontecimientos, a entrar a dirigir la Historia. Ayer eran caseríos indígenas, y ya hoy son como jardines de la Patria, con mujeres que son orgullo de Nicaragua.

De León salió el Acta de los Nublados, reflexiva y temerosa. De Granada el asesinato de La Pelona, drástico, violento. Allá un papel, aquí un hecho. Hablo del pasado. No tenemos presente. Se borran los hechos y los hombres. Maestros, el porvenir lo tene-

mos nosotros en las manos. ¡Hay que plasmar hombres!

De los hombres del pasado es de quienes hay que ocuparse, conocerlos, revivirlos, hacerlos andar, hablar, discutir. Eran verdaderos hombres; guerreaban, leían, pensaban, se odiaban y trabajaban.

Fernando Guzmán

A don Fernando se imponía su mujer. Doña Fernanda Selva tenía un talento burbujeante de familia. Era descreída, mordaz, valiente. Tenía que ser así para ser mujer de un hombre de talla como don Fernando. No le hubiera lucido otra clase de mujer. Son raros los contrasentidos, porque Dios es quien hace las parejas. Nace tal mujer para tal hombre y cuando no quieren hacer caso a Dios, viene el desequilibrio en la vida y, o el hombre es un tonto, o la mujer es una inconforme y se va por el atajo.

Doña Fernanda ha prometido a su pariente Roque Souza que será el candidato oficial y lo que ella quería era ley de la República. Era exigente, y qué mujer no lo es? Pero don Fernando tiene prometido a otro la Presidencia y cuando ella dice esto, él dice aquello. Durante el almuerzo insiste pero él no cede. Don Fernando: que no, porque no conviene y doña Fernanda: que sí, porque sí.

En la mesa don Fernando habla, insiste, está acostumbrado a comentarlo todo con ella, o oír los graciosos juicios de ella, a reír en coro, pero doña Fernanda se hace la resentida y, o no contesta o finge no oír. El tiene que ceder para recuperar la confianza y el cariño de su mujer, pero El Cacho lo sabe todo y un día llegan los Notables al Palacio. Los Notables tienen que ser los granadinos con don Pedro a la cabeza. En el ala Oriental del caserón que hacía de Palacio, vivía el Presidente con su familia. Un centinela en el zaguán, descalzo, con quepis y cacerina. A don Fernando le gustaba chocar el fusil cuando el centinela se le presentaba. A todos los Presidentes les gusta. Sonríen cuando el centinela hace el saludo aparatoso. El Gral. Moncada que era mitad carne y mitad hierro, mezclado con oro puro, se sentía halagado cuando un centinela yanqui golpeaba con sus manazas la guarnición del rifle para hacerlo resonar al paso del Presidente. Se relajaban los nervios de acero y de aquellos ojos duros salía como relámpago la sonrisa de satisfacción. Yo lo vi muchas veces.

Llegaron los Notables y hubo que llevar más taburetes a la oficina del Presidente. Se va a tratar de la sucesión presidencial. Hay un ambiente de seriedad. Don Fernando está nervioso. Se acuerda de las exigencias de su mujer. Se revuelve y saca el pañuelo, para nada, para disimular.

Insinúa a Roque Souza, dice que es muy honrado, muy valiente y muy leal. Pero habla suave, sin fuerza de convicción, sin seguridad. No quiere imponerse.

Don Pedro llegó preparado y propone a don José Joaquín Quadra. Discuten. Don Pedro dirige a los suyos con solo las miradas. Es taimado, capaz, ignorante; dice haiga, pero maestro insigne en la difícil ciencia y arte de la política. De la política nuestra que es la más difícil porque es artera y sin leyes y sin entrañas. Discuten y discuten, y no se ponen de acuerdo. Se evapora, se arrecues-ta don Fernando, está sobre ascuas. Don Pedro no se altera, se hace más habilidoso, más untuoso. No sabe bien el idioma, pero lo que sabe lo usa a maravilla; juega con las palabras como el malabarista con la bola de cristal. Por último don Fernando, cogido, inerme, atrapado como un ratón, apela a la teatralidad granadina y poniéndose de pie y engolillado, propone: "Mi última palabra, Don Vicente o el desastre", y se retira del despacho.

Vicente Quadra

Don Vicente Quadra era diferente. Hombre de hogar y hombre de mundo a la vez, pero con cierto gesto de abandono, de indiferente. Había leído desordenadamente y sus ideas tenían ese desorden aparente. Como que quería creer y como que no podía. Su lectura favorita era "El judío errante" y santificaba los domingos con "El Mártir del Gólgota". Cualquiera creería que era un Don Nadie. El hombre era sencillo, hasta humilde. Tenía el complejo del color. Don Anselmo era un negro enorme y con una vanidad justificada de su tamaño. Parecía abisinio, y su talento no parecía, sino que era griego legítimo, claro, hondo, brillante.

Un día amaneció don Vicente hostigado de su partido, las mismas caras, las mismas zalamerías. Quiere patria, hacer gobierno, quitarse del camino trillado. A veces los Presidentes piensan así, pero ahogan los palaciegos las buenas intenciones. Es la famosa parábola del Sembrador. Don Vicente quiere llevar la inquietud eterna de Jerez, del fuego que le quema siempre. Un leonés extraño: todo acción, —no era permeable, era Oriental casi—. Jerez todavía es discutido y lo será siempre, porque tenía una inteligencia brillante y muchas almas. Félix Ramón Parajón sonreía con desdén y con malicia viendo cavar la tierra para echar los cimientos de la estatua de Jerez.

"La merece!, dijo uno que pasaba. Sí y nó afirmó el de la incertidumbre. Ese es todavía el juicio más certero; sí y nó. La filosofía de Schopenhauer. La vida pública del Dr. Máximo Jerez.

Hemos vivido un concepto falso de la vida. Nos engañamos unos a otros. Los que leen cuentan falsedades y los que oyen las repiten y así se va haciendo la historia. Repugna al nicaragüense la verdad y le gustan los cuentos de hadas. Son niños grandes.

Don Anselmo Hilario Rivas

Don Anselmo era el reverso del Dr. Jerez. Pensaba con más cordura. Jerez era más desinteresado, más acción que don Anselmo. Pensaba a relámpagos. Don Anselmo era un fuego fatuo; calmoso, estático, sereno. Jerez, una montaña ardiendo. Don Anselmo se equivocaba a menudo y lo decía. Jerez solo una vez rectificó y quería escribir con su sangre la rectificación. No es cierto que solo los violentos, los apasionados, están expuestos a equivocarse. Esos pueden echarse de cabeza en el infierno en un minuto, pero los tardíos se echan también en un día, en un año.

Don Pedro Joaquín Chamorro

Don Pedro era el tipo descollante, el jefe reconocido y oído. La última palabra la decía él. Era fuerte y autoritario. Hombre de gran mundo. Un castellano viejo, dijo Castellar cuando le conoció. Se vio grave en París y llevaron un sacerdote que le confesó, y para absolverle de sus pecados, le preguntó:

—Perdona a sus enemigos?

El: —Sí, los perdono.

—Los quiere?

Don Pedro enmudece, no contesta. El sacerdote insiste.

—Los quiere?

Don Pedro no responde y a la tercera vez autoritaria que pregunta, don Pedro habla con resolución:

—Vea, Padre, no se moleste; los perdono, pero no los quiero. Y como el sacerdote dice esos lugares comunes de que hay que perdonar para ser perdonado, don Pedro masculla entre dientes: —Así será, pero no los quiero!

Me gusta el viejo hecho de un solo bloque para toda la vida; piedra de cantera sin quebraduras, sin vetas. Sin embargo era libre pensador. Era el ambiente. Todos eran así: creían poco. En Granada hubo un Padre Castillo que planeó tomarse el cuartel principal, llevando el Santísimo Sacramento en la custodia.

Gral. Joaquín Zavala

Lo conocí en su ancianidad. Yo estaba empleado en el Club Social y él llegaba cojeando, hablaba poco y con pocos. Bebía siempre con majestad de hombre. No buscaba tertulias y se pasaba el tiempo jugando solitario.

Hubo un tiempo en que el Gral. Zavala se vio enredado en sus negocios e hizo cesión de sus bienes. Cuando terminó el 50. Presidente de los llamados 30 años, sacando un hermoso reloj de oro, dijo al Dr. Manuel Pasos —su abogado—: "No me queda más que este reloj, pero estoy tranquilo. Vamos a la cantina a tomar un cordial" y se fueron. En la calle, el abogado le dice: Gral., cuando

iban a fusilar a Cerda, alguien le dijo: acuértese de los colombianos, así le digo a Ud. ahora: Acuértese de los jesuitas. Como si le cerrara el paso una víbora, el Gral. Zavala se detiene, y en un impreciso, dice: y yo le contesto lo mismo que Cerda; si estuviera en el mismo caso, los volvía a sacar y sigue cojeando para la cantina a tomar el cordial.

Una noche se muere Zavala. Hay bulla. Lo creen un relapso. Ha sido un peñón solitario en medio del mar. Era un viejecito dulce, pero dentro de esa apariencia había un alma intocada.

Lo confiesa el Padre Matus. Más noche llega una señora que no quiero nombrar. Hay sombras de muerte en la casa. En una mesa está Cristo ensangrentado en la cruz, con los brazos abiertos como esperando al Gral. Zavala para perdonarlo.

Se acerca la dama y melosamente le pregunta:

—Te confesaste Joaquín?

—Sí, —dice él.

—Confesaste lo de los jesuitas?

Y el viejito se reanima. Entra una oleada de sangre y de entereza en aquella alma y dice con las escasas fuerzas que le asen a la vida.

Eso no es pecado, vieja condenada! y se voltea para el rincón a morir, mientras Cristo lo espera con los brazos bien abiertos.

Eran otros hombres. Es el pasado de nuestra Patria. Tenían más conciencia que nosotros, amaban mejor. No escondían sus defectos e imponían sus virtudes entremezclados con ellos.

Ya se están despintando en la historia. No los dejemos morir. No dejemos que se vayan definitivamente estas sombras generosas que echaron los cimientos de la Nicaragua de aquella época lejana. Recordemos que cuando la avalancha filibustera, ellos unieron sus voluntades y corrieron a la defensa y el sacrificio. Tenían más clara visión del porvenir y confesaban sus faltas. No son conservadores ni liberales. Son nicaragüenses con todos los vicios, las contradicciones y los altibajos de nuestras almas, de esta alma nicaragüense que a pesar de todo, cree y ama y rinde culto a la Patria. Podemos estar orgullosos de ellos. Amarles es amar a la tierra por la cual sufrieron, lucharon y soñaron y hasta tiñeron con la púrpura de su sangre, con el blanco de sus lágrimas.

Esta Patria nuestra ha tenido mucho hijo ilustre y entre los primeros, éstos de quienes les he hablado, hombres amasados con el barro de esta tierra, saturados de ideales, carcomidos por todas las inquietudes, santificados por la devoción a esta Patria chica, insignificante si quieren; del tamaño de una flor, pero enorme, porque no se pueden medir ni el amor ni el dolor.

CARLOS A. BRAVO